

El "Dodwand"

Salimos del pequeño puerto de Laurikf, en Noruega, después de abastecernos y navegamos en demanda de la lejana ciudad de Bergen, sobre el Atlántico. Debíamos doblar el extremo de la península escandinava y luego poner proa al norte. Aquellas aguas son bravas; el mar hierve hostigado por el implacable viento del sudoeste que se encajona en los altos *fiords* y rechaza las olas deshaciéndolas en espuma.

Los marinos noruegos son terriblemente supersticiosos. Durante la travesía tuve que sufrir varias veces el contagio de sus pueriles temores provocados por una causa de orden físico cualquiera. La imaginación de aquellos hombres no es muy espontánea pero es peligroso exitarla. He aquí un caso.

El «Scotia» llevaba cinco días de navegación cuando ocurrió el extraño suceso. Nos hallábamos frente á los *fiords* de Hardanger, á los 59° de latitud norte y solo nos faltaban 120 millas para llegar á Bergen que está á los 60° 30'.

El pequeño barco marchaba con velocidad vertiginosa, tumbado sobre la banda de estribor. Se había arriado el velamen y navegábamos casi á palo seco; el viento huracanado del sudoeste distendía el pequeño foque y en sus locas carreras por el cuadrante nos hacía cabecear terriblemente. Debíamos correr 20 nudos por lo menos; las ráfagas hacían estremecer la arboladura y el barco trepidaba como un tren lanzado á la carrera.

La tripulación permanecía sobre cubierta atenta á la maniobra; sobre el pequeño puente el patrón del «Scotia» gobernaba con mano vigorosa el timón sin perder de vista la aguja de marear. Yo miraba la maniobra desde la escotilla; los golpes de mar nos hostigaban por la banda de babor y el buque al cabecear embarcaba agua. Las olas monstruosas coronadas de espuma nos cercaban por todas partes.

Eran las tres de la tarde cuando ¡amainaron las ráfagas, el mar se alisó como si hubieran derramado aceite sobre la superficie y el «Scotia» disminuyó sensiblemente la marcha. El agua se puso negra y un rumor sordo brotó del fondo del mar.

—¡El «dodwand»!—gritó una voz desde el botalón de proa.

—¡El «dodwand», Dios nos ampare!—repitió el patrón con voz alterada. Yo miré hacia el mar; el viento seguía siendo fuerte pero las aguas negras se movían en ondas pesadas y densas sin formar olas. El «Scotia» marchaba lentamente; el patrón mandó largar el trapo y las velas desplegadas se hincharon hasta reventar; el buque dió algunos bandazos

y luego quedó inmóvil, clavado en medio de las aguas, como si desde el fondo del Océano lo hubiese detenido una mano misteriosa.

Conocía el extraño fenómeno de las «aguas muertas», pero jamás había soñado el terror supersticioso que se siente en medio de aquellas masas de aguas inmóviles. Había oído narrar á viejos marinos casos extraordinarios acaecidos en las aguas de Terranova, en la desembocadura del Orinoco, en las costas del Congo, frente á los mismos *fiords* noruegos donde nos encontrábamos, pero no sospechaba la terrible sensación de inmovilidad y muerte que se experimenta cuando el misterioso «*dodwand*» aprisiona á los barcos en medio del Océano.

Miré al patrón y vi que se santiguaba. Los marinos hicieron lo mismo, luego arriaron las velas, bajaron á cubierta y rodearon al patrón silenciosamente. Este se dirigió hacia mí con gesto preocupado.

—Es el «*dodwand*»—me dijo con aire sombrío.—No sé á quien busca—agregó con la misma entonación.—Hace diez años que no le he hallado en mi camino. La última vez que tuve tratos con él fué en los mares del sur. El «*dodwand*» busca á los hombres cuando tiene necesidad de alguno de ellos. Es un ser gigantesco que vive en el fondo del mar; con una mano puede detener á un barco de 10.000 toneladas, si ahora apretase haría astillas de nuestro pobre «*Scotia*».

El patrón dijo todo aquello con grave sencillez mirando con ansiedad hacia las aguas. Yo me sentí sobrecogido y me pareció que algo extraordinario flotaba al rededor del buque. De pronto oímos un ruido seco y extraño.

—¡Hombre al agua!—gritó una voz.

Todos nos lanzamos á la borda y buscamos sobre las ondas. El agua estaba negra é inmóvil. Nadie apareció en la superficie. El patrón formó á la tripulación sobre el puente.

—¿Quién falta?—pregunto.

—Es Storm.

—Ya lo sospechaba, contestó el patrón—ahora el «*dodwand*» estará contento. ¡A largar el trapo! grito luego.

El viento hinchó las velas; el «*Scotia*» se movió pesadamente y las aguas se abrieron para darle paso; más allá las olas espumosas llegaban hasta el límite de las «aguas muertas» donde acababa de desaparecer el «*dodwand*» llevándose á Storm.

Raúl Montero Bustamante.

